

El Malestar con el Rápido Crecimiento y los Cambios Culturales

Andrés Sanfuentes

Editor Económico de www.asuntospublicos.org

La caída en el ritmo de desarrollo que tuvo Chile hasta 1997, al prolongarse por un sexenio, ha traído consigo una serie de interrogantes sobre el futuro.

El primer tema es el diagnóstico, las causas que ocasionaron esta disminución, una vez aceptado que las dificultades de la economía internacional no constituyen la única razón que se puede invocar, por muy importante que sea y que haya que tenerla siempre presente en el análisis.

En www.asuntospublicos.org se ha analizado el tema del crecimiento económico, tanto desde el punto de vista de las causas que habrían provocado el retroceso, como de algunas políticas que serían necesarias para elevar el actual producto potencial (ver Informe N° 289, *Qué detuvo el crecimiento* e Informe N° 296, *Qué hacer para crecer*). Sin embargo, en el cuadro actual no es suficiente, y sería necesario indagar en otros aspectos, de índole más amplia, para explicar los acontecimientos actuales y mirar el futuro.

Durante los años noventa, la evolución de los países asiáticos -marcada por el estancamiento de Japón y la inestabilidad de otras naciones de esa región-, así como las “décadas perdidas” en Latinoamérica, han llevado a los especialistas en el desarrollo económico al examen de la incidencia de factores no tradicionales en este proceso. Las dificultades ocurridas con la aplicación automática del “modelo neoclásico”, especialmente en nuestro subcontinente, han llevado la atención hacia variables normalmente no consideradas durante las décadas anteriores, tales como las carencias institucionales, el atraso tecnológico, la calidad de la educación, la capacidad para emprender y el papel de las pequeñas empresas, en la búsqueda de respuestas atinentes a las incógnitas del presente.

Entre las variables más interesantes que han surgido está el **cambio cultural**, examinado como freno y también impulso al crecimiento productivo. En las siguientes líneas se intentará analizar algunas interrelaciones entre desarrollo económico y cambio cultural, de manera de agregar elementos interpretativos y predictivos del proceso chileno. Una serie de recientes publicaciones constituyen una base interesante para este análisis.

Efectos del Crecimiento en la Cultura

Sin teorizar en demasía, se puede afirmar que el crecimiento económico acelerado –tal como el ocurrido en Chile entre 1987 y 1997, en que prácticamente se duplicó el ingreso por persona-, generó profundas transformaciones estructurales. Enumerarlas sería largo, por lo que se puede hacer referencia a dos aspectos centrales: las transformaciones en la estructura productiva ocurridas con la aparición de nuevas actividades y el retraso de otras, así como los cambios en las condiciones de vida de la población, algunos de los cuales se vieron reflejados en el Censo de Población y Vivienda de 2002.

En todo caso, la afirmación central de este informe es que la rapidez del crecimiento material fue tal, que la mayoría de la población no estuvo en condiciones de asimilarla con prontitud a sus pautas culturales y formas de vida. Es decir, se experimenta un rezago considerable entre progreso material y adaptación socio-cultural.

En esa lentitud estaría la explicación del desajuste que ocurre entre los indicadores objetivos que muestran una mejoría generalizada en la calidad de vida de la población y la percepción que tienen los habitantes acerca de su situación personal. Aun más, el aparentemente incomprensible sentimiento de **malestar** en la población en medio del progreso generalizado, la sensación de muchos que “a mí no me ha tocado nada”, la que se aprecia en numerosos segmentos de la ciudadanía, reflejado en varias encuestas de opinión pública, así como en otras manifestaciones colectivas.

La situación se hace más compleja por varios factores inevitables:

a) las personas tienen mucha facilidad para incorporar sus logros como parte de su patrimonio estable, una gran capacidad para ajustarse a su nuevo nivel de vida, a su consumo habitual. Eso también explica las dificultades para readecuarse a una caída de bienestar en momentos de cesantía prolongada o cuando se sufren reducciones apreciables en el ingreso.

b) La mirada no siempre está puesta en una comparación con el pasado, sino más bien con “el vecino”, tal como lo reflejaron los estudios sobre el comportamiento de los consumidores hace ya varios decenios. En Chile, las cifras reflejan una fuerte disminución de la pobreza en el tiempo, pero la mantención de una distribución del ingreso y de las oportunidades muy desigual. Si predomina la mirada hacia el lado y no hacia atrás, se genera la sensación de injusticia en el reparto de los frutos del crecimiento económico.

Sin embargo, hay otros factores adicionales, tal como lo reflejan los estudios del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD (1998 y 2002), y de Eugenio Tironi (2002), entre los más representativos.

Una cuestión central que conviene plantear es hasta qué punto el rezago que se observa entre los cambios económicos y las transformaciones culturales son “normales” en el caso chileno, o si hay algunos elementos en la sociedad que actúan como frenos en la población o, en algunos segmentos importantes de ella, en su capacidad de adaptación al proceso de modernización que define al desarrollo económico, aspecto que tiene importancia en la aspiración de retomar un ritmo de crecimiento rápido, especialmente en un contexto de globalización acelerada y que se agudizará como consecuencia de los nuevos tratados de libre comercio.

Rechazo al Modelo

El Informe del PNUD de 1998 explica la realidad encontrada en torno a ese año, antes que se interrumpiera el crecimiento y cuando todavía existían altos índices de empleo. La “paradoja de la modernización” como la llamó, es decir, éxitos en los indicadores económicos y sociales acompañados por el malestar y la disconformidad de la población, que no se pueden atribuir sólo a la desigualdad existente en la sociedad, sino

también a una desconexión entre el **nivel y el modo de vida**, fundamentalmente por la creciente y generalizada **inseguridad**, que se expresa en todos los ámbitos:

- inseguridad ciudadana: desconfianza en los otros;
- inseguridad socio-económica: en el terreno laboral, el temor a ser excluido, a perder la posición y la identidad social que da el trabajo, a causa de la mayor flexibilidad laboral. En el campo educacional, por la incerteza que la enseñanza recibida asegure el porvenir de los hijos. En la salud, provocada por la incertidumbre de tener atención médica oportuna y de buena calidad. En la previsión, por la duda de disponer de un ingreso suficiente para la vejez;
- inseguridad psico-social, generada por el ritmo de vida actual, caracterizado por la competencia, el individualismo y el deterioro de la sociabilidad.

El avance significativo de la economía de mercado y la competencia generalizada, marcan la organización económica chilena, pero generan el creciente grado de inseguridad detectado hace ya un quinquenio. Por otro lado, en la medida que el crecimiento de la producción y el empleo sean sostenidos en el tiempo, la insatisfacción estará bajo control político y social.

Sin embargo, tal como lo ilustra Tironi, “en este país real, una caída drástica y constante del crecimiento afecta la viabilidad del orden social y político actual en su conjunto, pues éste depende críticamente de una economía en constante expansión”, porque “lo que no es imaginable es una situación en donde no exista Estado protector ni crecimiento”, desde el momento en que “la ocupación es el pivote sobre el que descansa la protección, la movilidad y el estatus”. Por lo tanto, usando su imagen, la velocidad es la que mantiene al ciclista en equilibrio; sin crecimiento, se cae de la bicicleta.

Los problemas vigentes hace un quinquenio se han agravado. Las encuestas realizadas a mediados de 2001 señalan que en el terreno económico el 52% de la población se considera “perdedor” y sólo el 38% “ganador”; el 54% se siente inseguro en lo económico y tres cuartos de los encuestados tienen “sentimientos más bien negativos acerca del sistema económico actual”. La mayoría de los individuos favorecerían un cambio en el modelo económico, pero “se debe interpretar la voluntad de cambio más bien como un deseo. Las personas no estarían evaluando sus posibilidades reales de intervención, sino expresando un anhelo de cambio” (PNUD,2002).

Vulnerabilidad del Modelo

De lo anterior se desprende la vulnerabilidad del “modelo” actual, en que la mayoría se siente perdedor y quiere cambiar el sistema. Estaríamos en presencia de una forma de “despotismo ilustrado”, ya que sería un “anhelo”, sin posibilidades efectivas de influir. Sin embargo, crea un freno, un lastre al proceso de crecimiento. La ausencia de alternativas a la actual estrategia de desarrollo sólo contribuye al desánimo, a la privatización de la vida social.

La falta de participación de la población en la vida ciudadana trae consigo que mire las transformaciones económicas con distancia, con lejanía, sin sentirse partícipe ni del

diseño ni de la implementación de las políticas; por lo tanto, resultan ajenas a su influencia y a sus acciones, a lo cual contribuye la clase política, en especial muchos líderes de la Concertación que, aceptando las ventajas y resultados positivos que ha traído consigo el “modelo”, no lo sienten como propio, les va “contra el pelo”, pues lo sienten como una herencia de Pinochet y, por lo tanto, no están en condiciones de ofrecer una interpretación de lo que ocurre a la gente.

Tal como lo señala Norman Lechner, “falta un cuento, un relato que le dé sentido a los cambios, un cuento de *nosotros* (de dónde venimos, quiénes somos, para dónde vamos)”. Esa falta de compromiso redundará en el debilitamiento general de la sociedad, agravada por la retirada del Estado de las políticas económicas y sociales y la conciencia cada vez más perceptible de las enormes desigualdades que existen en Chile, que tiene como resultado el debilitamiento de la nacionalidad chilena.

Como consecuencia, aumenta la individuación, la cual tiene consecuencias contradictorias respecto al desarrollo. El resultado es recurrir a la familia como único refugio ante una sociedad que le es ajena; sin embargo, la familia chilena también tiene su propia crisis, afectada por los cambios y transformaciones que han ocurrido en el país.

La dicotomía analizada, progreso material e insatisfacción social, lleva a varios caminos de análisis. El primero es determinar hasta qué punto la sociedad chilena está en condiciones no sólo de aceptar los efectos del “modelo”, del crecimiento y de la modernidad, sino de transformarlos en un elemento que empuje este proceso y acorte la brecha existente entre el mayor bienestar material y la satisfacción personal; esto lleva a analizar el tema de la **identidad chilena**, materia de numerosos estudios, especialmente el de Jorge Larraín (2001).

El segundo aspecto es examinar los componentes de la cultura nacional, de manera de establecer hasta dónde contiene elementos favorables para el proceso de desarrollo, o bien, constituye un freno creciente para enfrentar las transformaciones que se requieren. Es decir, examinar desde diferentes prismas la reciente afirmación de Sebastián Edwards de que, entre las dificultades del país para crecer a más de un 5 o 5,5% anual está que Chile “tiene una cultura malita, me refiero a actitudes, visiones, ética de trabajo”.

Los Cambios Culturales: un Ejemplo

El rápido crecimiento económico de los noventa tuvo repercusiones en todos los ámbitos de la vida nacional. Los “cambios estructurales” repercutieron en diferentes valores de la población. A vía de ejemplo, se pueden mencionar las alteraciones demográficas que se aceleraron, tales como la reducción de la población rural, especialmente la dedicada a la agricultura, su concentración en las áreas urbanas; las transformaciones en la estructura familiar, en su tamaño y en las relaciones entre sus miembros; el nuevo rol de la mujer en el mercado laboral, con un aumento de su participación en la fuerza de trabajo, la importancia de su salario en el ingreso familiar y la disminución de la discriminación en su contra.

El caso de la mujer es ilustrativo de la relación existente entre crecimiento económico y valores culturales. La evidencia señala que, a pesar de los indicadores objetivos, no se han asumido culturalmente las consecuencias de la mayor participación femenina cuantitativa y cualitativa en la fuerza de trabajo, provocando así tensiones excesivas en las exigencias de cumplir simultáneamente sus roles doméstico y de trabajadora, lo cual influye en la postergación del matrimonio en las jóvenes, para mantener su independencia económica, y a una situación de desconcierto entre los hombres sobre su nuevo papel en la familia y la sociedad.

Nuevamente aparece aquí el desajuste entre la rapidez del crecimiento material de la capacidad productiva y los cambios culturales que actúan con tardanza; mientras más rápido el incremento del PIB, mayor la brecha.

La disparidad también se observa en la existencia de un doble estándar entre lo que se dice, al invocar principios de tolerancia y, por otro lado, las actuaciones concretas, especialmente cuando se es afectado personalmente. Esta separación entre criticar y condenar la existencia de diferencias en los derechos de ambos sexos, pero actuar en forma discriminatoria, es especialmente marcada en los sectores de bajos ingresos.

La Diferenciación Funcional

A propósito de la tesis de Aníbal Pinto, en el sentido que el desarrollo económico de Chile se frustró como consecuencia del desajuste entre un avanzado proceso de desarrollo socio-político y el lento crecimiento productivo, Lechner observa la misma distorsión, aunque en la dirección contraria, y plantea que “hoy en día el dinamismo socioeconómico de la sociedad chilena contrasta con la inercia del campo político. *Chile parece sufrir nuevamente una especie de desequilibrio, existiendo ahora un ‘déficit’ de política en relación a la modernización económica.* Vale decir, mientras las estructuras económicas se adaptan a la mundialización de los procesos y determinan las dinámicas de la vida social, la política se retrotrae, perdiendo poder de disposición sobre las formas de convivencia social...En Chile, como en toda sociedad moderna, observamos un proceso de *diferenciación funcional* en que política, economía y demás esferas de la vida social (derecho, ciencia, moral, etc.) adquieren una creciente autonomía”.

La evolución cultural también está sujeta a este proceso de diferenciación cultural respecto a la economía, aunque sea por motivos no siempre coincidentes. El sistema de economía de mercado fue impuesta por una dictadura en momentos de crisis y en contra de la voluntad de la mayoría de la población, incluso de grupos influyentes del empresariado. Persistió y fue profundizada por los gobiernos democráticos a causa de las necesidades de la transición, más que por la convicción generalizada de la elite que administró el proceso. Sólo ha sido validada por el posterior éxito económico, por los efectos de la globalización y por la ausencia de alternativas. Pero, no de corazón.

Una buena síntesis de las contradicciones del desarrollo está en las palabras de Mario Vargas Llosa en su libro *La verdad de las Mentiras*: “Todo estadio del progreso humano trae consigo nuevas formas de frustración e infelicidad para la especie, distintas de aquellas que ha dejado atrás, y, por lo tanto, nuevas razones para la inconformidad y el deseo de una vida distinta y mejor. Eso no significa que no exista algo llamado

progreso, que la civilización sea un fraude, sino que estas nociones nunca se traducen en formas acabadas y perfectas de existencia” (Pág.277).

Artículo extraído de www.asuntospublicos.org, Informe N. 329. Economía.

BIBLIOGRAFÍA

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), *Informe sobre Desarrollo Humano en Chile 1998, las Paradojas de la Modernización*, Santiago, marzo 1998, 254 Págs.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), *Desarrollo Humano en Chile 2002. Nosotros los chilenos: un desafío cultural*, Santiago, mayo 2002, 357 Págs.

Tironi, Eugenio, *La irrupción de las masas y el malestar de las elites*, Grijalbo, Santiago, 242 Págs.

Tironi, Eugenio, *El cambio está aquí*, La Tercera-Mondadori, Santiago, junio 2002, 168 Págs.

Larraín, Jorge, *Identidad chilena*, Lom Ediciones, Santiago, octubre 2001, 274 Págs.

Lechner, Norbert, *Modernización y democratización: el dilema del desarrollo chileno*, Estudios Públicos, 70, otoño 1998, Pág. 231-242.

Vargas Llosa, Mario, *La verdad de las Mentiras*, Alfaguara, Buenos Aires, septiembre de 2002.